

Narcisismo, soberbia y maldad en Mauricio Beuchot



Narcissism, pride and evil in Mauricio Beuchot

Juan Granados Valdéz

juan.granados@uaq.mx

Universidad Autónoma de Querétaro, México

ORCID: 0000-0003-4020-9055

ARTÍCULO

Recibido: 06 | 05 | 2024 • Aprobado: 24 | 03 | 2025

RESUMEN

Mauricio Beuchot, fundador de la propuesta denominada Hermenéutica analógica, en su antropología filosófica, además de tratar la estructura de la persona y del ser humano como microcosmos, ha tratado temas, tan antiguos como actuales, que no se dejan aprehender tan fácilmente. El propósito de este trabajo es el de analizar la relación que guardan el narcisismo, la soberbia y la maldad. No se dejará de hacer notar que dicha relación tiene implicaciones psicológicas, éticas, políticas, educativas e, incluso, teológicas. El narcisismo es el origen de la enfermedad mental, según recuerda el filósofo mexicano. En él se verifica la soberbia como actitud perversa, esto es, como vicio. Los efectos nocivos sobre sí mismo y sobre los otros conectan con la maldad. Se está convencido que la antropología filosófica, como área de la filosofía, ha de afrontar los aspectos oscuros, negativos y reprobables de la condición humana. Y esto se ha intentado en este trabajo.

Palabras clave: narcisismo, soberbia, maldad, enfermedad, vicio

ABSTRACT

Mauricio Beuchot, founder of the proposal called Analogical Hermeneutics, in his philosophical anthropology, in addition to treating the structure of the person and the human being as a microcosm, has dealt with issues, both ancient and current, that cannot be grasped so easily. The purpose of this work is to analyze the relationship between narcissism, pride and evil. It will not fail to be noted that this relationship has psychological, ethical, political, educational and even theological

implications. Narcissism is the origin of mental illness, according to the Mexican philosopher. In him pride is verified as a perverse attitude, that is, as a vice. The harmful effects on oneself and others connect with evil. It is convinced that philosophical anthropology, as an area of philosophy, must confront the dark, negative and reprehensible aspects of the human condition. And this has been attempted in this work.

Key words: Narcissism, Pride, Evil, Illness, Vice

Introducción

El narcisismo se ha vuelto un asunto de interés público. Justo este 31 de marzo de 2024, el periódico *El Economista*, publicó un artículo de Agustina María Vinagre González y Juan Enrique Soto Castro titulado “Narcisismo: ¿patología o signo de los tiempos?”. En él, los autores, además de recordar el origen mítico del concepto, caracterizan el diagnóstico del narcisismo patológico (como si así dicho no se incurriera en un pleonismo) como patrón de grandiosidad y obsesión por la aprobación, relacionan el narcisismo con la violencia sexista, sostienen que la sociedad en la que vivimos es narcisista y plantean su existencia en la *oficina*. Asimismo, aparte de los tratados psicológicos y psiquiátricos sobre el narcisismo, hay libros que enseñan la *técnica* para o aplicar los saberes de lo que se llama psicología oscura o para defenderse de la manipulación o el control de los narcisistas, a los que se caracteriza como personas que no pueden contener sus impulsos y dañan de manera inimaginable a los demás, como el de Alejandro Mendoza (2019), cuyo título es *Manipulación y psicología oscura*. En su libro dice que los rasgos de la psicología oscura (actitud, comportamiento, etc.) son el narcisismo, el maquiavelismo, la psicopatía y el sadismo.

Miguel García-Baró conectó, en la conferencia que dictó en la Universidad de Comillas, en 2022, con el título de “Aproximación filosófica a las formas del mal. Hacia una fenomenología del abuso”, el narcisismo, la soberbia y la maldad, con ocasión de su experiencia como coordinador del REPARA. El seguimiento que he dado a la

reflexión del filósofo español, el interés por *comprender* la maldad, así como el trato y familiaridad que tengo con la hermenéutica analógica desde hace tiempo, me han llevado a preguntarme si en Mauricio Beuchot, en su obra, cabría una semejante conexión respecto al narcisismo, la soberbia y la maldad. Entiendo que las bases y las propuestas filosóficas de ambos difieren. Uno viene de la fenomenología. El otro, de la filosofía tomista y analítica. Sin embargo, aunque quedará para un tratamiento ulterior, he notado justamente que hay puntos de encuentro y semejanzas entre ellos. Ahora bien, lo que descubrí es que sí hay en la obra del filósofo mexicano elementos para conectar narcisismo, soberbia y maldad. Para este trabajo me he propuesto destacar, entonces, la relación que el narcisismo, la soberbia y la maldad se da en la filosofía del fundador de la hermenéutica analógica, el filósofo mexicano Mauricio Beuchot.

Para la exposición, en primer lugar, recuerdo el presupuesto antropológico básico para comprender la relación, que en segundo y tercer lugar, se da entre el narcisismo y la soberbia. En cuarto lugar, después de anotar las alusiones a la maldad, me detendré en la presentación que hace Mauricio Beuchot del tratado sobre el mal de Santo Tomás de Aquino, que a su juicio, es un mapa sobre el mal y que trata los vicios, entre ellos la soberbia, gozne entre la personalidad (patológica) narcisista y la maldad. En quinto, a modo de *ilustración*, retomo la caracterización de un *narcisista soberbio y malvado* hecha en el anime *Death Note* (2006-2007). Esta serie animada es, como dijera Julián Marías (1971) del cine, un *experimento ficticio* que me permite observar la relación entre narcisismo, soberbia y maldad sin que haya que hacer señalamientos concretos y personales. Sobre este asunto, hace tiempo, tuve oportunidad de indicar, en seguimiento de Julián Marías, el valor de la ficción (en sentido amplio, a pesar de que el filósofo español remita únicamente al cine):

la ficción remedia o alivia una posible, sólo esto, inferioridad de las ciencias humanas frente a las ciencias naturales, en tanto que carecen de experimentación. La narración ficticia es un experimento ficticio que, no

porque le falte comprobación, permite descubrir, a partir de la verosimilitud, la coherencia o incoherencia de la vida (Granados, 2018, p. 420).

A la vez, como pasa con las obras de arte, su carácter icónico me permite indicar en general y conectando con todos (Beuchot, 2012) lo relativo al tema de este trabajo. Termino con un balance y cierre reflexivos, en espera de diálogo, a partir de la misma obra de Mauricio Beuchot, con alcance antropológico y pedagógico.

El ser humano como conjunto de intencionalidades (presupuesto de antropología filosófica)

El ser humano reúne lo biológico y lo psicológico, lo social y lo cultural. Lo biológico es lo natural; lo sociológico es lo cultural; y lo psicológico abarca lo natural y lo cultural. En estos ámbitos de su realidad se pueden ver intenciones. Es, de hecho, un conjunto de múltiples intencionalidades. Esto se reconoció y tematizó desde Aristóteles y la Edad Media. La noción medieval de intención fue rescatada por Franz Brentano quien la transmitió a Edmund Husserl y Sigmund Freud. El ser humano tiene una intencionalidad ontológica fundamental y las otras intencionalidades son realizaciones de esta primera (Beuchot, 2011, pp. 88–90). Así pues, como conjunto de intencionalidades, además de la ontológica, que lo mantiene en la existencia, hay en él una de la acción, ya sea de *praxis* o de *poiesis*, una cognoscitiva, o del conocimiento (sensible e intelectual), una volitiva, o de la voluntad, y otra emocional, o de las pulsiones o pasiones. La intencionalidad es la tensión de nuestro ser en sus objetos. La intencionalidad es significativa y tiene significado. Por esto requiere de interpretación (Beuchot, 2011, pp. 86–88). Además, el modelo de ser humano, desde este principio y con vistas en la ética, la educación y la política, es el del que está volcado hacia fuera y los otros, pero feliz, realizado y sano mentalmente (Granados, 2021, pp. 25–27). La intencionalidad exige, pues, que el ser humano se proyecte hacia fuera, el/lo otro, y sus semejantes (Beuchot, 2004). Cosa que, como se verá, no ocurre con el narcisista.

Narcisismo

Freud recogió la noción de intencionalidad, para su psicoanálisis, como pulsión (*trieb*), caracterizada por que debe llegar a sus objetos adecuados para no caer en la enfermedad (Beuchot, 2015, 40). Aparece el problema de la libertad. La voluntad supone orientación y el apetito sensible condiciona la libertad, por lo cual, lo razonable no alcanza. Freud sostuvo que la libertad era conquistada. Incluso el pensamiento lo ha de ser, como dijera Óscar de la Borborlla. Freud habló de dos impulsos principales, a saber, el amor y el odio, esto es, en sus palabras, *eros* y *tanatos*. En esto se parece mucho a los apetitos aristotélicos, quien distinguió entre el concupiscible y el irascible. Al primero corresponden el amor, el odio, el deseo, la fuga, el gozo y la tristeza. Son, como se ve, parejas de pasiones contrarias. Al segundo corresponden la esperanza, la desesperación, la audacia, el temor y la ira. Esta última no lleva contrario (Beuchot, 2004). Para el psicoanálisis el inconsciente es muy grande. No debe, empero, ahogar la conciencia. Hay que evitarlo para que no haya enfermedad, como pasa en el narcisismo (Beuchot, 2009, 104).

En seguimiento del principio de que el ser humano es un conjunto de intencionalidades y del psicoanálisis freudiano que pone sobre la mesa las pulsiones, es de destacar que, aparte de haber una intencionalidad sentimental, en el sentido de las pasiones y las emociones, se trata de una intencionalidad del amor y la empatía. El amor puede serlo de benevolencia o de concupiscencia. El primero es generoso, empático. El segundo es egoísta, para nada empático. Este tipo de amor egoísta y nada empático es el del narcisismo, que es “la enfermedad mental” o su origen, según las escuelas de psicoanálisis (Beuchot, 2011, 89-90). En lo que sigue, siguiendo la exposición más detallada que hace Mauricio Beuchot, desarrollaré lo que este filósofo mexicano propone respecto al narcisismo (Beuchot, 2019c, pp. 113-127).

Toda psicología supone una idea de ser humano. Es trabajo de la filosofía hacerla visible para que no se la reproduzca inconscientemente, ya que eso llega a ser nefasto. El psicólogo ha de explicitar su modelo o paradigma de ser humano, que es el que

procura *realizar*, hacer real, con sus pacientes, a quienes atiende u ofrece sus servicios. Es falaz decir que no se tiene ningún modelo, ya que en eso mismo está el modelo que tiene, el cual es desastroso. Para Mauricio Beuchot la hermenéutica (analógica, por supuesto), como *filosofía*, ha de aplicarse para interpretar al ser humano y así saber por dónde, y hacia dónde, caminar. Por lo anterior, el filósofo mexicano procede primero a hablar de la condición humana, para luego detenerse en aquello a combatir con la psicoterapia. Por mi parte no llegaré, en mi exposición, a esto último que sí esboza Mauricio Beuchot, pues mi propósito, por ahora, no consiste en dar cuenta de algún procedimiento que atienda y corrija la enfermedad mental a presentar, sino en relacionarla con la soberbia y la maldad (Beuchot, 2019c).

En el psicoanálisis, comienza diciendo Mauricio Beuchot, se sabe que el adversario más grande y que más estragos ha causado, individual como colectivamente, es el narcisismo (Freud, 1996). El narcisismo se define como la pulsión hacia sí mismo. No se trata sólo de la vanidad del presuntuoso, como se lo entiende comúnmente. Sí tiene algo de eso y por ello se lo *identifica* con la petulancia, pero es más que eso. El narcisismo es la cerrazón en sí mismo. Esta cerrazón corta toda buena relación con los otros. Inhibe la *empatía*. Es un mal que se ha extendido, en nuestra época, a la sociedad y la cultura. En la cultura que nos toca se exige triunfar, ser excelentes, alcanzar el éxito, sobresalir y, cosa que evidencia el narcisismo, tenerse en más que los demás. Vivimos en una sociedad muy competitiva, de la competencia (Beuchot, 2019c).

Alexander Lowen ha investigado el narcisismo. A él acude Mauricio Beuchot para detallar la caracterización que hace de ese gran adversario. Hay niveles en el deterioro que el narcisismo causa. Puede ser pura vanagloria, como cuando se pretende impresionar al sexo opuesto. Uno, en ello, intenta distinguirse de los otros por sus excelencias. Sin embargo, puesto que el narcisismo es cerrazón, implica negar los sentimientos, prohibirse expresarlos, porque revelan debilidades y “es malo mostrarse débil”. En este acallamiento de los sentimientos se niega el cuerpo, “que es el yo más sincero”, con lo cual se pierde la misma identidad. Se protege la propia

imagen, el yo. Pero el yo auténtico se basa en los sentimientos, que son, de acuerdo con Lowen, del cuerpo. El narcisista oculta sus sentimientos, especialmente el de dolor, y se exhibe o muestra siempre como contento, satisfecho, triunfante, etc. Y por eso miente. Lo anterior se debe a que el narcisista tuvo que reprimir sus sentimientos en su niñez, de allí que sea solitario y antisocial, porque lo manipularon y huyó. Como miente, vive en la mentira. Y como vive en la mentira, está en la irrealidad. Para él no es bueno mostrar sus sentimientos. Se cree muerto. Es pura máscara. Y esto ocurre no solo a los individuos. Pasa también a las culturas, las sociedades y las épocas (Beuchot, 2019c).

Para lo que viene, se sigue de cerca la exposición que Beuchot hace de la teoría de Lowen. Hay fases en el proceso de crecimiento del narcisismo: 1) carácter fálico-narcisista, 2) carácter narcisista, 3) personalidad limite, 4) personalidad psicopática y 5) personalidad paranoide. En el primero el ser humano, que se aplica a ello, aplica su ego a la conquista del sexo opuesto. Es arrogante, atlético, enérgico, seguro, pero aparentemente. En la segunda fase no sólo se cree mejor que otros, sino el mejor, se entiende, de todos. Muestra una necesidad de que lo consideren perfecto. El tercer momento es aquel en el que no sólo manifiesta las características de los anteriores, sino que, bajo presión, se le cae la imagen narcisista. Aparece como un niño asustado e indefenso. Es así como es en verdad. El que está en la cuarta fase tiene más fantasías de grandeza. Su arrogancia es tan grande que desprecia a los otros. Es antisocial, porque miente, engaña, roba y mata sin remordimientos. Ya el que está en el quinto grado es un megalómano. Imagina que la gente habla de él o, incluso, que conspira contra él. Se explica a sí mismo esto haciéndose a la idea de que se debe a que es extraordinario o muy importante. Llega a creer que tiene poderes. Cuando no distingue la fantasía de la realidad enloquece. Es paranoico, psicótico, no neurótico. Carece de total sensibilidad respecto a los otros. Cultiva su imagen proyectando su libido en el ego y no en el cuerpo. Pero su propio yo es odioso. Para Pascal, rememora Mauricio Beuchot, el yo es odioso y hay mucha soberbia en los seres humanos. Incluso cabe pensar que por esto es por lo que el yo sea odioso. El ser humano se ve envuelto

por el aburrimiento y busca la diversión sin percatarse que lo único que lo puede rescatar son la fe, la esperanza y la caridad, de acuerdo con el filósofo francés rememorado (Beuchot, 2013a, p. 183). El narcisista, entonces, no vive verdaderamente su vida interna. La maquilla con manifestaciones externas. Vive de la imagen, ¿cómo en las redes sociales actualmente?, sin sentimiento auténticos. Niega los sentimientos, porque fueron terribles en su niñez. Se ve como imagen y así ve al otro. Se miente y miente sobre su infancia y sus experiencias. Dice que tuvo una feliz y que nunca sufrió. Su cuerpo es rígido, especialmente garganta, mentón y cuello. Sólo cuando acepta sus emociones empieza a vencer el narcisismo y libera su tensión muscular crónica con la que *tapa* sus sentimientos. Llegados a este punto, Mauricio Beuchot recuerda que Alexander Lowen fue discípulo de Wilhelm Reich y que usaba el método bioenergético, que implica el toque de los músculos (Beuchot, 2019c).

La búsqueda del poder y el control, de sí y de los demás, es índice de narcisismo. Para el narcisista la tristeza y el miedo son los sentimientos que más lo amenazan. Los narcisistas, por eso, sojuzgan a los otros, pues creen que con ello se protegen de aquellas emociones. Esto deriva de la muy honda humillación que vivió el narcisista en su niñez. Se usó el poder con él. Por eso ahora lo quiere tomar. Puede ser rebelde o sumiso. La sumisión oculta la rebeldía. Con ello cree superar la sensación de inferioridad. Nuestra sociedad ha propiciado esto. “En su ensayo *La epidemia del narcisismo*, los psicólogos norteamericanos Jean Twenge y Keith Campbell comparan el origen del narcisismo con un taburete de cuatro patas. Una, la educación permisiva en la que cada uno aprende a ocupar su lugar sin preocuparse por los demás; la segunda, la cultura de la celebración instantánea; la tercera, internet y las redes sociales, y, la última, el consumo y dinero fácil, que llevan a pensar que todos los sueños pueden hacerse realidad” (Peñas, 2025, párrafo 5). El narcisista se exige el éxito, pero eso sólo palía la inferioridad.

El miedo principal del narcisista es el de dejarse llevar por sus sentimientos, porque al hacerlo se siente desprotegido o significa para él desprotección. El narcisista seduce y manipula. Tiende a caer bien. Pero lo hace para manejar a los demás. Busca que los

demás lo veneren. La seducción empezó con los padres que lo hicieron creer que era especial. No tolera la frustración o el fracaso. Y por eso cree poder hacerlo todo y saberlo todo. Ha de ser objeto de adoración. “Pero esos son los atributos de un dios, como sucedió en el mito de Narciso” (Beuchot, 2019c, p. 116), y el personaje de *Death Note*, Light Yagami.

En el narcisista siempre está el miedo a mostrar sus sentimientos. Es el miedo a ser común. No sabe, dice Mauricio Beuchot, que serlo es lo más sano, ya que lo más bello es estar vivo, sintiendo. Según Lowen, asegura Beuchot, el narcisismo proviene del horror vivido en la familia, porque se hacía a los otros, a diferencia del terror, el cual refiere a uno mismo. Ese horror surge de las agresiones de los padres entre sí o de estos contra los hijos. El narcisista por ello niega los sentimientos y la realidad. Ha perdido la cordura. Hay locura en su personalidad. Le teme a la violencia, pues la hubo en su familia, y por eso miente. Los individuos narcisistas fueron negados, incluso pensaron que podían ser abandonados o asesinados. En negar la realidad consiste la locura. Pero el narcisista le tiene miedo a la locura. Se siente extraño. Para el narcisista expresar los sentimientos es locura, pero eso es saludable. La curación va por la vía de la aceptación de las emociones, presas por mucho tiempo. En principio la cólera es una de esas emociones encerradas y que, liberada, puede ser asesina. En la línea de la tendencia muy actual de la inteligencia emocional y su propuesta sobre la educación como formación de los sentimientos, el filósofo mexicano dice que si se educa para expresar los sentimientos, la gente sería más sana psicológicamente. En fin, al desorden interno del narcisista contribuye la prisa vivida en nuestros días. Todo es rápido y poca oportunidad hay de entrar en el interior, conocerse, reconocer las emociones y darles curso de salida. El narcisista se las arregla para manejar su exterior, a diferencia del esquizofrénico que no puede hacerlo. Lo hace para conseguir poder. Es locura negar la realidad de adultos, aunque sea comprensible que, de niños, sobre todo por estar asustados, se niegue la realidad agresiva que se vive en el seno familiar con los padres. De acuerdo con Lowen, cosa que repite Beuchot, el narcisismo es producto de la infelicidad familiar y de la seducción del niño especial, como cuando

uno de los progenitores lo convierte en sustituto del otro y lo trata como adulto (Beuchot, 2019c).

Lowen concluye, dice Mauricio Beuchot, que el narcisismo es la locura de nuestro tiempo, porque en este hay muchas situaciones, incluida la educación (como también notan Jean Twenge y Keith Campbell), que lo promueven. Los narcisistas son los más adaptados para satisfacer los requerimientos productivistas y consumistas de esta época nuestra. Sus patrones de éxito y poder los posicionan fácilmente. Es innegable que los cambios incesantes de hoy en día llevan a la superficialidad. Esto se ve en la búsqueda del placer a ultranza, de sólo el placer. El placer y las adicciones son, es fácil constatarlo, el refugio contra los sentimientos. El alcohol y el trabajo, es su abuso, también sirven para ocultar el interior. La pérdida del yo se debe al desenfreno que quita la sensación de límite. Solo hay contentamiento y no felicidad. Pero para ser feliz hay que liberarse de la ansiedad provocada por el miedo a los sentimientos y su expresión. Es menester ser despreocupado e inocente como el niño. Los narcisistas han aprendido a jugar el juego del poder. Son el resultado de dicho juego. Han aprendido a seducir y manipular. Siempre están pensando, dándole vueltas, en la opinión de los otros sobre ellos. Deben mantener el control, porque perderlo los hunde en la locura (Beuchot, 2019c).

Dada la caracterización anterior del narcisismo y el narcisista, ahora toca hacer lo propio con la soberbia.

Soberbia

La soberbia es expresión del narcisismo o, en otras palabras, este se oculta en los vicios más nefastos, esos que se han calificado de pecados capitales, como la envidia y la soberbia. Y así lo considera Mauricio Beuchot, recordando lo que los antiguos ya relacionaban:

los antiguos relacionaban la envidia con la soberbia. Iban de la mano. El que es soberbio es envidioso, y el envidioso está manifestando que es soberbio. Asimismo, es muy sabido que la soberbia está usualmente asociada al narcisismo, ya sea en su forma fuerte, de soberbia auténtica, o en formas más menores, como la vanidad o vanagloria, la presunción o petulancia, etc. De modo que incluso en esto se encuentra el fantasma del narcisismo, escondido en todos esos entresijos de las actitudes viciosas más nefastas (Beuchot, 2019c, p. 121).

Más aún, la soberbia y la envidia son hermanos gemelos, porque se implican una a la otra, y son enemigos del sabio. La humildad, como reconocimiento de nuestros límites constitutivos, permite rechazarlas (Beuchot, 2003). Sin embargo, no me detendré, por ahora, en la envidia, aunque se la mencione como relacionada con la soberbia, se la incluya en la lista de vicios nefastos, y se la descubra en su tratamiento una terapia contra el narcisismo, ya que, como me propuse, quisiera profundizar, más bien, en la soberbia.

Los vicios se oponen a las virtudes. Ambos son disposiciones y hábitos, disposiciones habituales. Los vicios son maléficos y las virtudes son benéficas. Los vicios son los extremos, por exceso o por defecto, de las virtudes, aunque sean como ellas habituales disposiciones a actuar o comportarse. Las virtudes se mantienen en el medio, en equilibrio. La soberbia es uno de los vicios (pecados) capitales. En lo que sigue se describirán las notas características de la soberbia.

Para Mauricio Beuchot Santo Tomás de Aquino fue un hombre de estudio y docencia; un santo y un intelectual, que santificó la intelectualidad en lugar de mancharla con la soberbia, la envidia y fatuidades. Fue un filósofo, un teólogo, buen religioso y un hombre espiritual. Es un santo (Beuchot, 2013a, p. 17). De hecho, como alguna vez

reconociera, su propuesta denominada hermenéutica analógica se funda en el pensamiento del teólogo medieval. Y a él sigue cuando trata de la soberbia y del mal. Entonces, Mauricio Beuchot, reseñando el tratado *tomasiano* sobre el mal, recuerda que el bien atrae por diversas razones. Según esas razones los pecados capitales pueden clasificarse. El bien humano lo es del alma, el cuerpo y las cosas externas. La excelencia del honor y la gloria, como bien imaginado del alma, se ordena a la soberbia, también identificada o asociada con la vanagloria. Soberbia, del latín *super*, sobre otro, es un vicio y un pecado. Pero no es uno entre otros. Como dijera San Gregorio Magno, comenta Mauricio Beuchot, siguiendo a Tomás de Aquino, la soberbia es, mejor dicho, el origen y la fuente de todos los vicios y pecados. Y en esto ya se nota otra relación que guarda con el narcisismo. Este es la enfermedad mental o su origen. La soberbia es, pues, el vicio o el origen de los vicios (De Aquino, 1998).

Es un hecho que el ser humano *apetece* su excelencia y la *posee* de formas diferentes. Al pusilánime le falta *saber* que la posee. Al soberbio le sobra el amor hacia sí mismo. El humilde la posee según la razón iluminada por Dios, como dijera el aquinate. La soberbia es el amor desordenado de sí mismo, y por ello es contraria a la caridad. Esta es, casi, la misma definición que del narcisismo. Este es la pulsión hacia sí mismo, una cerrazón sobre sí mismo. Asimismo, la soberbia radica en el apetito irascible y en la voluntad, ya que tiene por objeto tanto la excelencia sensible e imaginable como en la inteligible. En este punto se compara al soberbio con los demonios. Ejemplos de soberbia son jactarse de la posesión de bien que no se tiene por uno mismo, sino por otro; jactarse de tener como merecido lo inmerecido; jactarse de tener lo que se tiene; y desear estar y aparecer por encima de los otros (De Aquino, 1998).

La soberbia se acompaña de la vanagloria. La primera es el apetito desordenado de la propia excelencia y la segunda, el apetito desordenado de manifestarla. Esto es, también, muy *típico* del narcisismo. Son signos de soberbia y vanagloria jactarse de un bien que no se tiene, jactarse con palabras de la propia excelencia, la presunción, la avidez de novedades, la hipocresía, la *pertinaeia* (que se da cuando un ser humano se apoya en su propia opinión y no en una mejor), la discordia (cuando se va en contra

de quienes son mejores), la disputa (cuando no se quiere ser superado por las palabras de otro) y la desobediencia (cuando no se quiere sujetar los hechos a un precepto superior) (De Aquino, 1998). Y todos son signos, si se compara con la descripción que se hizo del narcisismo, signos de éste.

A continuación, presentaré lo que añade Mauricio Beuchot a la doctrina tomista sobre la soberbia, enfatizando la relación que guarda con el narcisismo.

La soberbia y el narcisismo se identifican o son, por lo menos, fuente, ambos, de la imagen distorsionada, en este caso, de sí mismo, propone Beuchot. La imaginación lleva a la imagen. Esta es para la imaginación su materia y su obra. La recibe y la produce. En ello puede predominar o la obediencia (cercanía) a la realidad imaginada o su distorsión (o alejamiento). En griego imagen se decía *eikon*, de donde viene icono, o *eidos*, de donde viene ídolo. El icono es la imagen buena, porque es obediente y respetuosa. El ídolo es la imagen mala. Esta nace de la *soberbia* (*hybris*) o narcisismo del ser humano (Beuchot, 1999, p. 65). En ambos casos, que serían uno solo, se trata de que quien es soberbio o narcisista tiene una imagen distorsionada de sí mismo y de la realidad. Esta imagen es egocéntrica y *produce* sentimientos egocéntricos. Estos son muchos. Se deben al natural amor propio que hay en el ser humano, pues, como se decía, es natural que se apetezca la propia excelencia. Por eso, de los sentimientos, algunos, para el *narcisista*, son agradables, como los que acompañan los actos de soberbia y vanidad. Otros son desagradables, como la ira y la vergüenza (Beuchot-Primerio, 2003, p. 60; Aguayo, 2016, pp. 350-351).

La soberbia, lo mismo que el narcisismo, tal como lo plantea Lowen, no sólo lo es de los individuos y de los colectivos. Lo es también de las tendencias filosóficas, de los proyectos culturales y de las épocas. La modernidad con su metafísica, con sus pretensiones, bien puede calificarse de soberbia. Y así lo considera Mauricio Beuchot. La metafísica, de la que hablaba Kant, es la metafísica moderna, la racionalista, de cuño leibniziano o wolffiano. Su *Crítica de la razón pura* es una crítica de la *razón moderna o ilustrada*. Dicha metafísica es una *soberbia*, cual torre de Babel. En su

obra Kant se hace sospechoso, ya que sus antinomias son sospechosas. Se nota en que ya contienen lo que concluirán. Niega, por ejemplo, que se pueda transponer el fenómeno, pero es algo que hace al plantear que el nómeno está detrás del fenómeno. Es decir, para decir que hay o existe este *detrás*, se necesita haberlo rebasado o transpuesto. Es decir, descubre lo que niega y niega lo que descubre. A pesar de esto y otras cosas más que desvirtúan la crítica kantiana, Mauricio Beuchot, celebra que haya contribuido a frenar la historia de esa razón soberbia y pretensiosa, de la época moderna, que todo quería iluminarlo, *ilustrarlo*, con su luz (Beuchot, 2005, p. 230).

Además de que la época moderna fue soberbia, y la nuestra narcisista, en la misma historia es posible encontrarse con atisbos y señalamientos de la soberbia y del narcisismo

En la tragedia griega se descubre que el héroe sucumbe al, libremente, llevar más allá del límite lo que la naturaleza le ha dado. Al héroe lo pierde su *hybris*, esto es, su soberbia (Beuchot, 2016, p. 84). La *soberbia* fue, en la Edad Media, la causa de las herejías y los cismas (Beuchot, 2022, p. 112). Se puede hablar de Dios. Pero para hacerlo no se puede caer en la soberbia o *hybris* de pretender hablar de él con propiedad, de encerrarlo en conceptos o de *usarlo* cual hechiceros, a sabiendas de la dificultad y la inadecuación del entendimiento humano con respecto a la naturaleza divina (Beuchot, 2017a, 97). El univocismo es, pues, en terminología de la hermenéutica analógica, lo típico de la *hybris*, de la soberbia. Es la serpiente de la univocidad en el paraíso (“seréis como dioses”). El univocismo es el árbol del saber, prohibido. Y como no se lo puede lograr, conseguir, se cae en el extremo opuesto, el equivocismo (Beuchot, 2019, p. 67). La alusión al mito bíblico no es gratuita. El mito y el símbolo tienen un significado doble, a saber, uno manifiesto y otro oculto. Por eso difieren de los signos de un sentido único. Para Ricoeur el mito de Adán y Eva es un mito que no trata de explicar científicamente la aparición del ser humano, sino cómo entró el mal o la maldad en el mundo, a saber, por la soberbia humana, que desobedeció a Dios y comió de la fruta prohibida. De hecho, la mayoría de los mitos hablan del mal, tratan de hacerlo comprensible, porque del mal no se habla,

comúnmente, de manera directa, sino a través de mitos, esto es, indirectamente (Beuchot, 2019b, pp. 73-74; Beuchot, 2019a, pp. 65-81). Lo importante, empero, es que el mal se introdujo en el mundo humano por la soberbia, que esconde o se funda o es lo mismo que el narcisismo.

Llegados a esto, toca, pues, tratar el mal o la maldad.

Maldad

Para la exposición sobre el mal o maldad, de nuevo, retomo la presentación que hace Mauricio Beuchot del tratado tomasiano al respecto para, después, sumar lo que el filósofo mexicano aporta a la doctrina de su maestro.

El tratado sobre el mal de Tomás de Aquino es, dice Mauricio Beuchot, como un mapa del mal. El *De malo* es tanto la precisión de la naturaleza del mal como una descripción de qué caracteriza a cada uno de los vicios o pecados capitales (soberbia, envidia, acedia, ira, avaricia, gula y lujuria). Para Tomás de Aquino el mal, siguiendo a san Agustín, no es algo positivo, sino que, al ser privación, es algo negativo. Esto significa que necesita un sujeto en el cual darse, porque no puede darse por sí mismo. El mal es la privación de un bien que se debería tener. No puede por eso ser o *existir* por sí, ya que si así fuera, tendría un bien. Vive de otra cosa a la que priva de ese bien. El bien es lo que todos apetecen y el mal es a lo que todos rehúyen. “El bien es plenitud de ser y lo contrario es maldad” (Beuchot, 2017b, p. 43). Lo que existe, al tener bien porque es, es apetecible. El mal no tiene eso, por eso no es apetecible y por eso no existe de suyo. Ser malo, dice el aquinate, no es algo, sino que es malo aquello a lo que le pasa ser malo, en tanto que priva de algún bien, como ser ciego, que no es algo, sino sólo es eso a lo cual le acaece ser ciego. Hay, para el filósofo medieval, dos tipos de males, a saber, el de culpa y el de pena. El primero es por voluntad y el segundo es contra la voluntad. El mal, en oposición al bien, priva de una forma o hábito o de lo necesario para obrar. Lo primero pasa en el mal de culpa y lo segundo, en el de pena. El mal de culpa es activo y el de pena, pasivo. Por ello el mal de culpa

es mayor que el de la pena. El mal de culpa hace al sujeto malo. El de pena no hace eso. El mal de culpa, por una voluntad mala, hace al ser humano no tener una intención recta y aparta de la caridad de Dios y del prójimo. La culpa es peor que la pena. Santo Tomás de Aquino se adhiere a la tesis socrática de que es preferible sufrir una injusticia que cometerla. El pecado es a la vez un acto de la voluntad y un acto exterior. La culpa puede ser sólo de la voluntad, pero el pecado es más que la culpa. No sólo es posible pecar por ignorancia, sino que, además, se peca por *malicia*, lo que quiere decir que se tiene saber cierto, y, cosa que se hace por costumbre, se elige voluntariamente cometer delito. El que peca por malicia peca más gravemente que el que lo hace por debilidad, porque en el primero hay mayor voluntariedad (De Aquino, 1998).

Esto último, lo relativo a la malicia, nos devuelve a la intención. “De la intención dependen la bondad o la maldad morales” (Beuchot, 2010, p. 35), dirá el filósofo mexicano. Lo que se descubre en el narcisista o soberbio es *cierta* intención, que se confirma en el acto externo. La naturaleza humana es débil, como se descubre en tantas descripciones antropológicas de sus límites, como la socrática que sostiene que por ignorancia se comete mal. De allí que el ser humano *real* es una potencia disminuida y con una acción deficiente, contra lo que pretende de sí mismo el narcisista o soberbio. Pero es actuante, a pesar de todo. Por ello recibe la atribución de la acción y de la calificación moral correspondiente, a saber, sus actos pueden calificarse de buenos o malos (Beuchot, 2018a, p. 128). Ahora bien, el conocimiento es situado. Está, siempre, en un contexto, sin que se vuelva *contextualista*. El contexto de la acción da la pauta para comprender su intencionalidad. Admite criterios suficientes, no rígidos, de bondad o maldad morales. Es muy simplista decir que no hay criterios ni principios, que todo se derrumbó, ya que con ello, de manera irresponsable, se está justificando que todo se vale, lo cual es falso. No todo se vale (Álvarez-Beuchot, 2017, p. 87). Hay que tener cuidado. La maldad puede disfrazarse de bondadosa y sociable, apropiándose de los ideales más nobles hasta destruirlos. También es capaz de ofrecer perfección o vida falsas, porque nunca serán verdadera

realización (Palazón, 2021, p. 128). Por eso hay que evitar la dispersión y la permisividad equivocista así como la homogeneización univocista. Por medio de la *phronesis* y la *epiqueia* se descubrirían los casos paradigmáticos, que por ser analógicos, son universales. Y esto ha de considerarse en su aplicación al derecho. Ha de conservarse suficiente universalidad en las leyes y los principios, que garantizan derechos y obligaciones, como para poder señalar de manera clara qué cosas son moralmente admisibles y qué es moralmente malo. Quizás no se pueden señalar fácilmente valores absolutos, pero sí maldades absolutas como *Auschwitz* (Beuchot-Saldaña, 2017, 13).

El mal como privación existe, pues, en quien se da la privación del bien. El mal de culpa es peor que el de pena. Incluso este puede no ser *mal*, ya que no nos hace malos, como si hace el otro. El soberbio o narcisista es mal. En él no se da sanamente la sensación de bienestar y de excelencia propia. Actúa movido por su egocentrismo. Y sus actos, porque no los mueve la caridad, y porque dañan a otros, son, por ende, también, malos. El narcisista encarna el mal.

En lo que sigue trataré de *ilustrar* lo dicho sobre el narcisismo, la soberbia y la maldad, desde lo que hasta ahora se ha expuesto a partir de la obra de Mauricio Beuchot, con la caracterización del protagonista de la serie de manga y el anime *Death Note* (2006-2007).

Esta serie animada, decía, siguiendo a Julián Marías, un *experimento ficticio*, “que no porque le falte comprobación, permite descubrir, a partir de la verosimilitud, la coherencia o incoherencia de la vida”. Por ello me permite observar la relación entre narcisismo, soberbia y maldad sin señalamientos concretos y personales o cuestiones personales que, a la postre, son sensibles y susceptibles de malinterpretarse. Con sólo ver los libros relativos al combate de los narcisistas, o todos lo somos o ninguno lo es, es decir, nadie aceptaría serlo si implica aceptar la caracterización precedente. Tampoco niego la creatividad de la obra de arte. Más bien, admito con Beuchot, que éstas son icónicas y permite conectar lo particular con lo general, lo ficticio con lo real.

La ficción, a veces, exagera creativamente. La exageración, como recurso literario y *retórico*, es, en principio, exageración de algo. Ese *algo*, a la manera de la ficción, es *ilustrado* y, aunque, ha de matizarse para evitar creer que demuestra algo, sí da pistas o vías de comprensión. Se trata de un símbolo.

Sobre *Death Note*

Death Note es, pues, el nombre de una serie de manga creada por Tsugumi Oba y publicado por la editorial Shueisha de 2003 a 2006 para la revista Shonen Jump. El estudio Madhouse desarrolló la serie animada, bajo la dirección de Tetsuro Asaki. Su transmisión corrió por cuenta de Nippon Television de 2006 a 2007. En su versión animada consta de 37 episodios. *Death Note*, y en esto sigo el anime, narra la historia de Light Yagami, un estudiante sobresaliente de Japón, que tiene una perspectiva aburrida de la vida y que considera al mundo como podrido. Muy al principio encuentra una libreta que no tarda en poner a prueba, ya que, el nombre, *Death Note*, como las instrucciones que incluye, mueven su curiosidad. Sabiendo qué puede hacer con la libreta, en la que basta con anotar el nombre de quien quiera que muera, se dispone, el protagonista antagónico, a acabar con todos los criminales del mundo y crear uno donde él sea el dios. Conforme aumenta la cantidad de muertos, llama la atención de los medios de comunicación y las policías nacionales, hasta que se involucra el mejor detective del mundo, al que sólo se conoce como “L”.

Light Yagami está frustrado por la falta de justicia en el mundo. Cree que este está podrido. Desea un medio para purgar el mal. Usa la *Death Note* para liberar al mundo de los criminales. Como se presenta en la misma narración animada, cabe pensar que la meta es noble, incluso se destaca, en algún momento, la reducción de crímenes, cuando empiezan los asesinatos, cosa que provoca solidaridad con quien asesina a los *malos* y, en consecuencia, cierta tranquilidad. Sin embargo, Light Yagami no busca tanto un mejor mundo, sino satisfacer su *ego*. Ryuk (el shinigami que dejó caer la *death note* a la Tierra) le hace ver que después de matar a todos los asesinos

(bastardos) sólo quedará él (“significa que el único bastardo que quede serás tú”), cosa que al protagonista no le importa. Para la policía es un asesino en serie, cosa que también le tiene sin cuidado.

Light Yagami es decidido y directo. Conforme usa la libreta se vuelve más despiadado y retorcido. Pierde toda empatía o compasión por los otros. Manipula a todos. Pone en riesgo a su propia familia para conseguir su objetivo. Los sacrifica, como a otros tanto a lo largo de la historia. No se percata del *horror* de sus propios actos. Se considera a sí mismo un dios y, por tanto, el que conoce la ley, lo que está bien y lo que no (“Yo seré... ¡el dios de este nuevo mundo!”). Su imagen de sí mismo y de la realidad está distorsionada. Se cree el único capaz de juzgar a la humanidad. No se preocupa por los demás, más que por él mismo; es megalómano, arrogante y soberbio. Disfruta lo que hace, sin importarle las muertes que produce. Manipula a todos, por supuesto. Light Yagami es, pues, un narcisista. Cabe imaginar, entonces, qué sucedería si se concediera a cualquiera de los narcisistas que deambulan por las calles el poder de este personaje.

Mauricio Beuchot recuerda que Maquiavelo *permitió* usar medios malos para fines buenos, aplicar la maldad moral para alcanzar el bien (a veces no tan moral) (Beuchot, 2013c, p. 69). Y es justo esto una de las cosas que se observan en el manga y el anime de *Death Note*. Crear un mejor mundo matando a los criminales es la meta de Light Yagami. Pero también es de notar que este personaje es alguien que cree poder hacerlo todo y saberlo todo y por ende debe ser objeto de adoración. Pero poder hacerlo todo, saberlo todo y ser objeto de adoración son “los atributos de un dios” (Beuchot, 2019c, p. 116). Y así se piensa el protagonista antagónico del manga y el anime. Light Yagami es, pues, un (personaje) soberbio y narcisista. Es el *paradigma* del narcisismo, quizás llevado al extremo. Él mismo que pretende erradicar el mal, termina por encarnarlo.

Nota controvertida: Lo interesante del caso o ejemplo que he elegido, y que coincide con lo que Miguel García-Baró ha denunciado respecto a los *abusadores*, dentro y

fuera de la Iglesia Católica, es que no se trata, al menos no del todo, como para Lowen y Beuchot, de *alguien* que haya tenido una infancia sumida en la violencia o la agresión, ni, mucho menos, infeliz. Es un tipo, el protagonista antagónico, que ha recibido lo mejor, natural y familiarmente. Digo “no del todo, ya que el mismo Beuchot, como se vio, destaca que los padres hicieron creer al que será, de adulto, narcisista, que era especial, a su vez que incapaz de tolerar el fracaso. Y por eso cree poder hacerlo todo y saberlo todo. Más aún, ha de ser objeto de adoración.

Balance y cierre

Toca ya concluir. El ser humano es intencional. El núcleo de la condición humana es, pues, la intencionalidad. En otras palabras, el ser humano es un conjunto de intencionalidades que van de la ontológica a la sentimental. Hay, entonces, una intencionalidad ontológica. Por esta el ser humano se aferra la existencia. Hay, también, una intencionalidad cognitiva. Por esta conoce. Hay, asimismo, una intencionalidad volitiva. Por esta el ser humano se adhiere a lo que desea. Hay, igualmente, una intencionalidad de la acción. Por esta actúa según sus posibilidades de comportamiento y producción. Hay, por último, una intencionalidad sentimental. Por esta se descubre y descubre que su intencionalidad más propia es el amor y que ésta es simbólica. Por tanto, y a partir de esta intencionalidad, es que se hace manifiesto que el ser humano se inclina hacia los objetos que quiere, conoce y ama.

Como Freud notó, si no se orienta adecuadamente la intencionalidad, consciente e inconsciente, se cae en la enfermedad mental. El narcisismo es, como han observado otros psicoanalistas además de Freud, el origen o la enfermedad mental misma. En el marco de la intencionalidad sentimental o de las pasiones o emociones, se da el amor. Este se presenta como de benevolencia y de concupiscencia. El primero es generoso. El segundo es egoísta y narcisista. Este es, en todas las escuelas psicoanalíticas, la enfermedad mental o su origen.

El narcisismo es, pues, la fuente de los conflictos y la enfermedad en sí misma. Como se decía, el ser humano está estructurado por la intencionalidad, que proyecta a los otros. El narcisismo encierra al ser humano en sí mismo, lo pervierte, lo hace egoísta. Toda su proyección es hacia sí mismo. Más aún, la misma época nuestra es perversa, ya que busca y promueve la perversión egoísta, esto es, promueve el narcisismo. (Beuchot, 2004, 74).

La analogía es proporción, medida y mesura, y, por ende, virtud. Como ha sostenido varias veces Mauricio Beuchot con esta idea de analogía en mente y ante la situación observable de hoy, actualmente es muy conveniente volver a una ética de virtudes. Y de todas, la prudencia es la más necesaria, como puerta de las demás. Una educación en virtudes no es una educación de leyes o reglas o meros contenidos, que sólo generan confusión. Una educación en virtudes estructuraría la vida moral. Se requieren ciertas leyes y reglas, como el ideal de amor, la proyección a obras de amistad social, porque *acrisolan* el corazón humano y lo vuelven solidario, más allá de la obligatoriedad, por empatía o compasión, tan propia de la interpretación. Con ello se conseguiría ver el bien como un don y vivir en la perspectiva de la oblatividad o donación, de la gracia o de la gratuidad. Y todo esto es contrario a la envidia y la *soberbia narcisista*, esto es, la cerrazón frente al prójimo. (Beuchot, 2008, p. 122). El que haya *narcisistas* indica que la educación *tiene* fallos, ya que no se ha podido erradicar, incluso, parece todo lo contrario, esto es, se sigue promoviendo la falta de empatía o compasión. De ello que se haya caracterizado nuestra *época* como narcisista.

El ser humano es, pues, intencional. Entre sus intencionalidades hay una de comunicarse o contactarse con los demás. Es como una necesidad. Y sólo se satisface dándose a ellos. Sin embargo, su soberbia le puede impedir reconocer eso. Y en la necesidad de comunicación hay, en el fondo, una necesidad de afecto o amor. El amor es la comunicación perfecta. Sólo el amor puede colmar las expectativas del ser humano. Pero el amor entre seres humanos es limitado, apenas un eco (Beuchot, 2017a, 130-131). La empatía, que es una forma de simpatía, sobre todo la amorosa,

es la que une a los seres humanos sentimentalmente. Es el amor el que hace que entre los seres humanos no nos utilicemos y tiene un lenguaje simbólico. El símbolo es un signo eminentemente del afecto (Cfr. Beuchot, 2011, p. 89). Por eso, al ser simbólico, es que requiere de interpretación. E interpretar es *descubrir* la idea, y el ideal, de ser humano que ha de guiar no sólo la atención psicoanalítica, sino, y, también, la educación. En un sentido cristiano, para el místico español San Juan de la Cruz, propone Mauricio Beuchot, por la fe, la esperanza y la caridad, que corresponden al entendimiento, la memoria y la voluntad, se *labra* la obediencia a Dios y el amor a los otros. En la noche activa del espíritu se logran domeñar el *ego* y los pecados del egoísmo, a saber, la soberbia y la acedia (que era como una depresión espiritual). (Beuchot, 2013b, p. 78). Los seres humanos no podemos vivir sin sentido. Y el placer no es el sentido de la vida. Albert Camus lo construyó como rebelión o rebeldía. Y es válido rebelarse contra la opresión y la injusticia, en una palabra, contra la maldad. Pero el amor, la amistad y el afecto son el alimento más propio de la existencia humana (Beuchot, 2021, p. 122).

El mal, el narcisismo y la soberbia, desde los planteamientos hechos, se muestran de tal manera que hay elementos para inferir que la educación (hasta la que proviene de la familia) y las instituciones contribuyen a su enraizamiento y reproducción. La educación, por ende, parece que debería ser *ejemplarista*. Lo que importa del ejemplo es lo que muestra. Su enseñanza no depende de su bondad, ya que el mal ejemplo también muestra y enseña. La maldad advertida, cuando trasciende ciertos límites, debería impulsar a reflexionar y a hacernos mejores. A veces sólo la *nequicia* (maldad, perversidad, malignidad, corrupción) es capaz de sacudir la indiferencia y la comodidad (Beuchot-Arena-Dolz, 2008, p. 203). La maldad de la palabra, la hostilidad verbal y el deterioro del discurso político ponen en crisis el diálogo y el vínculo interhumano. La corrupción se descubre en principio en la palabra (Beuchot-Arena-Dolz, 2008, p. 315). La maldad sofística, común en el contexto político, en cuanto que se ha corrompido la palabra, consiste en la transformación del poder como medio, al poder como fin o meta. Al ser fin lo que hace es imponerse. Y cuando esto sucede la

política se deshumaniza (Beuchot-Arena-Dolz, 2008, p. 316). Y cuando esto pasa se vuelve terreno fértil para el narcisismo o para que el narcisista prospere.

Referencias

- Aguayo, E. (2016). *El personalismo analógico-icónico de Mauricio Beuchot*. México: Torres Asociados
- Álvarez, F.-Beuchot, M. (2017). *Teoría ética y hermenéutica analógica*. México: Navarra.
- Beuchot, M. (1999). *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*. Madrid: Caparrós.
- Beuchot, M. (2003). “El compromiso filosófico del tomista actual. Reflexiones sobre el estudio de Santo Tomás en la Orden Dominicana de nuestro tiempo”. Texto de la ponencia presentada en el 'Simposio Internacional sobre el papel del estudio de la Filosofía en la misión evangelizadora de la Orden de Predicadores, realizadas en la Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino (Angelicum) de Roma del 1 al 4 de mayo de 2003.
- Beuchot, M. (2004). *Antropología filosófica. Hacia un personalismo analógico-icónico*. Salamanca: Fundación Emmanuel Mounier.
- Beuchot, M. (2005). “Hermenéutica analógica y nueva ontología”. *Estudios Filosóficos* LIV, pp. 229-238.
- Beuchot, M. (2008). *Perfiles esenciales de la hermenéutica*. México: FCE.
- Beuchot, M. (2009). *Microcosmos. El hombre como compendio del ser*. México: Universidad Autónoma de Coahuila.
- Beuchot, M. (2010). *Breve historia de la ética*. México: Torres Asociados.
- Beuchot, M. (2011a). *Manual de filosofía*. México: San Pablo.
- Beuchot, M. (2011b). *Perfiles esenciales de la hermenéutica*. México: FCE.
- Beuchot, M. (2012). *Analogía y belleza. Introducción a la estética*. México: San Pablo.
- Beuchot, M. (2013a). “Analogía y teología en santo Tomás. Aplicabilidad de la hermenéutica analógica a la teología fundamental”. *RAM* 4.2, pp. 177-190. Este es un estudio producto de la investigación del autor. Resumen del seminario dictado en la Facultad de Teología de la Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia, del 23 al 27 de julio de 2012.
- Beuchot, M. (2013b). *Ensayos sobre escolástica hispánica*. Navarra: Universidad de Navarra.

- Beuchot, M. (2013c). *Hermenéutica analógica, Ontología y Mundo actual*. México: Deméter Ediciones.
- Beuchot, M. (2015). *La hermenéutica y el ser humano*. México: Paidós.
- Beuchot, M. (2016). *Triángulo de enigmas. La epistemología, la metafísica y el reino de la realidad*. México: UNAM.
- Beuchot, M. (2017a). *Filosofía de la religión*. Guadalajara: ITESO.
- Beuchot, M. (2017b). *La analogía en la filosofía tomista reciente*. México: UPM.
- Beuchot, M. (2018a). *Interpretación, analogicidad y cultura*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- Beuchot, M. (2018b). *Teoría estética. La resurrección del arte*. México: Orfila.
- Beuchot, M. (2019a). La hermenéutica analógica en el campo de la filosofía. *Cuestiones De Filosofía*, 5(25), pp. 65-81
- Beuchot, M. (2019b). *Acordes de hermenéutica en la historia*. México: UNAM.
- Beuchot, M. (2019c). *Interpretación del ser humano*. Un ensayo de antropología filosófica. México: Herder
- Beuchot, M. (2021). *Rasgos de filosofía y hermenéutica*. Xalapa: Universidad veracruzana
- Beuchot, M. (2022). *Apuntes de patrología*. México: Publicar al Sur.
- Beuchot, M., Primero, L. (2003). *La hermenéutica analógica de la pedagogía de lo cotidiano*. México: Primero editores.
- Beuchot, M.-Arena-Dolz, F. (2008). *Hermenéutica de la encrucijada. Analogía, retórica y filosofía*. Barcelona: Anthropos.
- Beuchot, M.-Saldaña, J. (2017). *Derechos humanos y naturaleza humana*. México: UNAM.
- De Aquino, T. (1998). *Cuestiones disputadas sobre el mal*. Pamplona: EUNSA.
- Freud, S. (1996). Introducción al narcisismo. *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 2017 ss.
- Granados, J. (2018). Acerca de la sensibilidad del espectador de cine según Julián Marías. *FOTOCINEMA*, n° 17, 413-427.
- Granados, J. (2021). Antropología filosófica y estética desde la hermenéutica analógica. *A&H, Revista de Artes, Humanidades y Ciencias Sociales* (14). 16- 36.
- Lowen, A. (2014). *El narcisismo. La enfermedad de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós.

Marías, J. (1971) La imagen de la vida humana. *Tres visiones de la vida humana*. Navarra: Salvat-Alianza.

Mendoza, A. (2019). *Manipulación y psicología oscura*. México: Publicación independiente.

Palazón, M.R. (2021). La analogía y sus metáforas: hacia una praxis utópica. AAVV. *Hermenéutica analógica: nuevo humanismo e inclusión ética*. México: Publicar al sur.

Peñas, E. (2025). La Sociedad narcisista. *Ethic*. <https://ethic.es/especiales-24/la-sociedad-narcisista/>